

CARTOGRAFÍAS DEL ENTRE

Identidad, raíces y relación.

Maricruz Peñaloza

¿Cuáles son mis raíces?

Partimos de una pregunta aparentemente simple: ¿Qué significa la identidad? ¿Acaso nuestras raíces no importan? Claro que sí, las raíces cuentan. El lugar de donde venimos, la lengua, los paisajes, las costumbres, los afectos, las historias familiares y colectivas, los conocimientos transmitidos, la manera en que interactuamos con los demás y con nuestro entorno: todo eso forma parte de lo que somos.

Sin embargo, las raíces no constituyen una definición cerrada de la identidad. Son importantes, pero no lo dicen todo sobre nosotros. No existe necesariamente un núcleo original e invariable al que podamos regresar y decir: «Esta soy yo». Nuestras raíces son, efectivamente, una parte fundamental de lo que nos compone.

La migración puede desencadenar un movimiento profundo en la identidad porque nos confronta con «el Otro»: con otra lengua, otros códigos, otra sociedad, otras concepciones del cuerpo, del tiempo, de las relaciones, del espacio y de la familia; con una cotidianidad diferente que, a primera vista, puede parecer banal. En esta confrontación no solo descubrimos al «Otro». También nos descubrimos a nosotros mismos como «los Otros» frente al Otro. Mucho de lo que en el lugar de origen parecía simplemente «normal» se vuelve visible desde la distancia. El encuentro con la diferencia nos obliga a mirar nuestras propias raíces con otros ojos.

Por eso me gusta la idea de ilustrar la migración como un desplazamiento tectónico: las placas siguen siendo reconocibles, pero tras el movimiento, el territorio ya no tiene exactamente la misma forma. Y hay algo más: el movimiento no solo trae consigo nuevas experiencias. También puede hacer emerger algo antiguo que estaba sepultado; algo que, por un tiempo, había permanecido bajo los escombros.

Con esto, sin embargo, surge también una pregunta: ¿Qué ocurre con las personas que se quedan en su lugar de origen? ¿Qué ocurre con la identidad de aquellos que no migran? Quien se queda también cambia. Después de todo, no es necesario desplazarse geográficamente para encontrarse con «el Otro». El mundo viene hacia el ser humano: las generaciones cambian, las relaciones, los paisajes y las condiciones económicas cambian, las personas van y vienen, y con ellas se transforman las formas en que una comunidad piensa y se narra a sí misma. La lengua cambia. Evoluciona y se mezcla con «el Otro».

Existe una diferencia entre el desplazamiento geográfico y el movimiento de la identidad. La migración puede hacer que este movimiento sea especialmente visible e intenso. Pero quedarse no significa permanecer inalterado.

El ejemplo de algunas comunidades mexicanas, para las cuales el cultivo del maíz constituye una gran parte de su identidad, deja en claro que una identidad profundamente arraigada no tiene por qué ser inmóvil. La tierra, la lluvia, la semilla, el cultivo, el saber transmitido, la historia oral, los ciclos, la alimentación, los ancestros y la comunidad forman una red. Constituyen un tejido social. Cultivar maíz no significa únicamente representar una identidad ya existente. La práctica contribuye a producir esa identidad y a hacer que surja una y otra vez. Si el cultivo desaparece, desaparece también una red de conocimientos, relaciones, temporalidades, memorias y formas de transmisión. Por lo tanto, la identidad no es solo individual, sino también colectiva.

Por esta razón, la imagen de una única raíz que pertenece a un tronco de árbol pasa a un segundo plano. En su lugar emerge la imagen de un manglar. En el manglar hay muchas raíces de diferentes edades y distintos orígenes: heredadas y adquiridas, asumidas y rechazadas, visibles y sumergidas. Las raíces crecen, se entrelazan, se sostienen mutuamente, se estorban, desaparecen, vuelven a surgir y crean territorio.

Y es precisamente esta imagen la que me acerca de manera especial a la *Relation* (Relación) de Glissant. No se trata de imaginar una identidad

originaria a la que más tarde añadimos otras identidades. Algo así como esta imagen: *México + Suiza + otras experiencias = nueva identidad*. No.

Más bien, las nuevas experiencias transforman también nuestra relación con las anteriores. Es decir, una nueva raíz no se suma simplemente a las demás; se entrelaza con ellas. Como en un manglar. Debido a esto, incluso puede cambiar el significado que le habíamos atribuido a una raíz mucho más antigua.

Por lo tanto, el camino desde el origen hasta el presente no puede entenderse como un movimiento lineal. El camino tiene curvas, interrupciones, retornos y desvíos. Vamos en una dirección, luego en otra. Nos detenemos. Continuamos. Dejamos cosas atrás. Algunas las olvidamos. Algunas creemos haberlas olvidado. La identidad no sería entonces el resultado final de un camino, sino lo que sucede durante ese camino. Y este trayecto sigue transformando incluso nuestra mirada sobre el origen.

¿Pero qué ocurre en ese camino? ¿Qué se encuentra en ese ENTRE? En ese espacio que al principio nos habíamos imaginado entre distintas raíces. Pero no: el ENTRE no tiene raíces propias; surge de la relación entre ellas. Y más aún: el ENTRE es el territorio que las raíces producen al relacionarse entre sí. Pero este territorio tampoco es pasivo, ya que a su vez nos produce a nosotros. A nosotros. A mí. A todos nosotros. No somos individuos completamente formados que solo más tarde entran en relación. Las relaciones también nos forman.

Por eso, el ENTRE no se cierra mientras vivamos y entablemos relaciones. E incluso después, ciertas relaciones, historias, prácticas y memorias pueden seguir transformándose y persistir de otro modo en otras personas y generaciones. El ENTRE sería, pues, un proceso nunca terminado por completo, en el que las raíces se encuentran, se transforman, se desplazan y tejen nuevos vínculos: una acción continua que se configura en la relación. Porque el ENTRE no es un estado, sino un permanente movimiento en sí mismo: un espacio donde continuamente algo acontece.

Y así, la primera pregunta –«¿Cuáles son mis raíces?»– nos conduce finalmente a otra pregunta mucho más abierta: ¿Qué territorio surge entre ellas? ¿Qué sucede en ese espacio? ¿Cómo me convierto en lo que

soy dentro de este territorio que produzco a través de mis relaciones y que, al mismo tiempo, me produce a mí?

Al regresar a la imagen del manglar, surge una pregunta mas: ¿sobre qué crecen estas raíces?, ¿qué tipo de suelo las sostiene?, ¿en qué sustrato prosperan? El lodo es un rasgo esencial del manglar. El lodo y el fango son características del manglar y, en última instancia, indispensables para su existencia.

Y podemos imaginar que en este lodo se encuentran los sedimentos de aquello que nos compone, los sedimentos de nuestra historia: recuerdos perdidos, relatos transmitidos de manera incompleta de generación en generación, vacíos en las palabras, desencantos, certezas difusas, saberes compartidos, movimientos que no logramos descifrar, experiencias de las que nos hemos distanciado, objetos que creíamos haber dejado en el pasado.

No todo lo que nos define es visible. A veces, este lodo sale a la superficie: una palabra, un olor, una persona, una comida, un regreso, una pérdida o una migración pueden hacer emerger algo que creíamos haber olvidado.

Entonces, el ENTRE ya no es solo horizontal –la relación entre unas raíces y otras–, sino que aparece al mismo tiempo como un movimiento vertical entre diferentes capas. No se trata simplemente de estar en el ENTRE:

- entre lo visible y lo sumergido,
- entre lo recordado y lo olvidado,
- entre lo heredado y lo adquirido,
- entre lo que reconocemos como propio y aquello que aún no sabemos que también nos compone.

Por lo tanto, el manglar no se convierte en una bella metáfora de muchas raíces que conviven pacíficamente. Es un entramado mucho más complejo, a veces difícil de comprender, atravesado por tensiones: algunas raíces se estorban mutuamente, unas desaparecen, otras son rechazadas. Ciertas pertenencias nos son impuestas desde fuera. Hay contradicciones, pérdidas, relaciones de poder, silencios. Precisamente por eso, la relación puede generar transformación. No porque todo se acople

armoniosamente, sino porque el encuentro también significa fricción. Movimiento.

En este punto se cruzan de nuevo las dos imágenes que han recorrido esta cartografía: el movimiento tectónico y el manglar. Aunque al principio puedan parecer diferentes, tal vez incluso opuestas, no se excluyen mutuamente.

El movimiento tectónico significa desplazamiento, fractura y confrontación: aquello que sacude esas raíces a través de las cuales creíamos comprender quiénes éramos. Un movimiento tectónico puede transformar el manglar. Puede desenterrar raíces sepultadas, traer sedimentos a la superficie y modificar relaciones previas.

El manglar, por su parte, representa el crecimiento lento, la sedimentación y el entrelazamiento: relaciones que se desarrollan y transforman el territorio. Y el manglar mismo tampoco se queda quieto: crece, deposita sedimentos, pierde, absorbe, cambia.

Dos imágenes que coexisten, se encuentran y pueden transformarse mutuamente.

Maricruz Peñaloza | Zúrich, agosto de 2026